

abrió paso y le dejó entrar, con un estremecimiento que probaba que los que la componian no tenian por muy cierto en el fondo de su corazon, que don Felipe Villani estuviese realmente en este mundo. Don Felipe se adelantó gravemente, y con ese paso solemne que conviene á las fantasmas; luego deteniéndose ante el tribunal, se inclinó con respeto.

— Señor presidente, dijo, no soy yo quien ha muerto, sino un amigo mio, en cuya casa me hospedaba, su viuda me ha encargado su entierro y funeral, y como en aquel momento tenia yo mas necesidad de dinero que de sepultura, he hecho le enterrasen en mi lugar. Ahora bien, ¿qué pide la venerable cofradía? Yo tenia derecho á un entierro y funeral: me ha enterrado. Mi nombre estaba en la lista: he rayado mi nombre; he vendido, pues, mis exequias.

En efecto, el pobre Lelio, que tanto habia hecho reir á los demás, acababa de morir de esplin, y á este habia sido á quien la venerable cofradía de los peregrinos habia enterrado en el sitio, y por don Felipe. Este fué absuelto libremente, con gran aplauso de la multitud, que le llevó en triunfo hasta el portal del número 15 de la calle de Toledo.

En el momento en que abandonamos á Nápoles, circulaba el rumor de que don Felipe Villani iba á terminar su carrera casándose con la viuda de su amigo, ó mas bien con sus tres mil libras esterlinas.

VII

GRAN GALA

Antes de abandonar las calles por donde se puede pasar, para conducir á nuestros lectores á las calles por donde no se pasa, digamos una palabra acerca del famoso teatro de San Carlos, sitio de cita para la aristocracia.

Cuando llegamos á Nápoles, todavía estaba muy reciente la muerte de Bellini, y á pesar del odio que divide á los sicilianos y napolitanos, habia producido una sensacion dolorosa, cualquiera que fuesen las opiniones en materia musical de los dilettanti; especialmente las señoras para quienes la música del jóven maestro parece escrita principalmente, y en cuya opinion tiene el odio nacional menos influencia; tenian casi todas en sus salones un retrato del *gentile maestro*, y era muy raro que una visita, por

estraña que fuese al arte, se terminase sin que hubiese cambio recíproco de palabras de sentimiento entre los visitantes y visitados, acerca de la pérdida que acababa de experimentar la Italia.

Donizetti, sobre todo, que llevaba ya el cetro de la música, y que heredaba ahora la corona, sentía gran pesar por aquel que había sido su rival, sin dejar jamás de ser su amigo. Por lo demás, aquella pérdida había reanimado las cuestiones entre bellinistas y donizettistas, cuestiones terminadas mucho más pronto que las nuestras, en que cada uno de los adversarios trata de probar que tiene razón, mientras que los napolitanos, por el contrario, se inquietan muy poco por nacionalizar su opinión, y se contentan con decir, de un hombre, de una mujer, ó de una cosa, que les es simpática ó antipática. Los napolitanos constituyen un pueblo de sensaciones. Toda su conducta está subordinada á los latidos de su pulso.

Sin embargo, los dos partidos se habían reunido para honrar la memoria del autor de *Norma* y los *Puritanos*. Los discípulos del Conservatorio de Nápoles habían abierto una suscripción para hacerle funerales; pero el ministro de Cultos se había opuesto á aquella ceremonia fúnebre, bajo el único pretexto, poco aceptable en Francia, pero suficiente en Nápoles, de que Bellini había muerto sin recibir los sacramentos. Entonces pidieron permiso para cantar en Santa Chiara la famosa misa de Winter; pero entonces el ministro había acudido diciendo que ese *Requiem* se había ejecutado en los funerales del abuelo del rey, y que no consentía que una misa que había servido para un rey, se cantase para un músico. Esta segunda razón pareció menos plausible que la primera. Sin embargo, los amigos del ministro habían calmado la irritación haciendo observar que su excelencia había hecho una gran concesión á los progresos del genio, dignándose instruir al público del motivo de su negativa, puesto que podía decir

sencillamente: No quiero, sin tomarse el trabajo de dar la razón de su negativa. Tan exacto había parecido el argumento, que el descontento de los bellinistas se había apaciguado meditándolo bien.

Después, como los días van empujando á los días, y como un sol hace olvidar el otro, un suceso que se anunciaba comenzaba á distraer del suceso pasado. Se hablaba como de una cosa increíble, inaudita, y en la que era preciso por lo demás no creer antes de tener más amplios informes, de la presunción de un músico francés, que cansado de los disgustos que tienen que pasar los jóvenes compositores parisienses para llegar á la ópera cómica, ó á la grande ópera, había comprado un drama á uno de esos innumerables poetas libretistas que intentan imitar á Romani, y de un salto, y para su estreno, iba á apostárselas al público más inteligente de la Europa, y en el teatro más peligroso del mundo. En apoyo de aquella opinión que tenían de sí mismos, y de San Carlos, los dilettanti napolitanos recordaban con la satisfacción de la suficiencia, que habían chicheado á Rossini y silbado á la Malibran, y no comprendían la urbanidad francesa, que se contentaba con responderles sonriendo: ¿qué prueba esó? Una cosa dañaba también mucho á mi pobre compatriota, ó mejor hubiera debido decir dos cosas; tenía la desgracia de ser rico, y la sinrazón de ser noble; doble imprudencia en un compositor en Nápoles, donde todavía no se comprende el talento que va en carruaje, y el nombre célebre que lleva una corona de vizconde.

En fin, como un punto más sombrío en aquel sombrío horizonte, una cábala amenazaba en aquella ocasión infringir la regla y estallar en favor del compositor extranjero, cosa, preciso es confesarlo, tan rara en Nápoles, que es casi desconocida. Explicaré como se había formado; la refiero, menos por su importancia, que por conducirnos naturalmente á hablar de los artistas.

La dirección del teatro de San Carlos había contratado á la Ronzi, bajo la garantía de sus pasados triunfos, por sesenta representaciones, y á 1,000 francos cada una. Era, pues, de su interés hacer valer una parte que le costaba cada noche la entrada ordinaria de un teatro de Francia, deducido los gastos. En consecuencia, había exigido que el papel de la prima donna fuese escrito para la Ronzi. Pero por una de esas fatalidades que hacen á los dilettanti de San Carlos tan orgullosos de su superioridad en la especie, la nueva prima donna obsequiada, adorada, coronada seis meses antes, había caído de plano, y si me es permitido usar de un término de bastidores, hizo un fiasco completo en Nápoles. Opinábase generalmente que era absurdo que la administración pagase 1,000 francos cada noche por los últimos restos de talento y de voz, mientras que por 1,000 francos mas podía haberse contratado á la Malibrán, que era el principio de lo que la otra era el fin. A consecuencia de aquel razonamiento, una especie de compañía negra se había encontrado en las ruinas de la Ronzi, y la echaba por tierra, silbándola todas las noches.

Desde aquel momento, la administración había comprendido dos cosas: la primera, que era preciso obtener de la nueva contratada que redujese á la mitad el número de sus representaciones, negociacion que facilitaban los sinsabores que experimentaba todos los dias; la segunda, que era mala especulacion sostener una artista que no había sido adoptada en ninguna ópera, que no podía serlo. Por lo tanto, el papel de la *prima donna* había pasado de las manos de la Ronzi á las de la Persiani, para cuya voz, sin embargo, no estaba escrito, siendo esta un soprano de la mayor estension. De ahí la tormenta cuya existencia hemos señalado.

En cuanto á los demás, la compañía de San Carlos permanecía siempre la mejor y mas completa de Italia: componíase de tres elementos musicales necesarios para com-

poner un todo: de un tenor mezzo-carattero, de un bajo y de una tiple. Felizmente los tres elementos eran tan perfectos, como se podía desear; y tenían por nombres: Duprez, Ronconi, Taquinardi.

En aquella época, la Francia no conocía á Duprez sino de un modo muy vago: se hablaba de un gran artista, de un cantante admirable que recorría la Italia, y comenzaba á imponer condiciones á los impresarii de Nápoles, Milan y Venecia; pero en cuanto á las cualidades de su voz, nada se sabía mas que lo que decían los periódicos, ó lo que referían los viajeros. Unicamente algunos aficionados recordaban haber oído cantar en el Odeon á un joven discípulo, de Choron, con voz fresca, sonora, estensa; pero la identidad del gran cantante era tan problemática, que todos se preguntaban dudando si sería aquel que los estudiantes habían silbado, el que entonces era aplaudido por los dilettanti italianos. Dos años despues llegó Duprez á Paris, y se ensayó en *Guillermo Tell*. Nada, pues, tenemos ya que decir de este rey del canto.

Ronconi era, en aquella misma época, un joven de veinte y tres á veinte cuatro años, desconocido, segun creo en Francia, y que tenía una magnífica voz de barítono con que el cielo le había dotado, sin tomarse el trabajo de corregir los defectos de ella ni desarrollar sus cualidades. Contratado por un empresario que le sacaba treinta mil francos y le daba seis mil, tomaba de lo modesto de su remuneracion un excelente pretexto para no estudiar, puesto que, decía, cuando estudiaba le oían, y cuando le oían no podía decir que no estaba en su casa. Despues de aquella época, Ronconi, pagado en lo que vale, ha hecho los progresos que debía hacer, y hoy es el primer barítono de Italia.

La Taquinardi era una especie de ruiñeñor que canta como otra puede hablar: por el método era la señora Damoreau, con una voz mas estensa y más fresca, nada

podía compararse á la suavidad de aquella garganta, j6ven y pura, pero casi nunca dramática. Por lo demás, imaginación inteligente en grado supremo, sin estar jamás ni melanc6lica ni apasionada, figura fria y linda; era una morena que cantaba como una rubia. La Taquinardi, cásándose con el autor de *Inés de Castro*, ha llegado á ser la Persiani.

He aquí cuales eran los artistas encargados de representar el poema de *Lara*.

Cuando llegué á Nápoles, la obra estaba ensayándose, es decir, que se habia puesto en estudio el 8 del mes de Noviembre, y debia representarse el 19 del mismo, en todo once ensayos para una obra de primer 6rden. Sin embargo, no todas las 6peras se ponen en escena con tanta rapidez. Hay algunas á las que se conceden hasta quince y diez y ocho ensayos. Pero ahora habia 6rden superior: la reina madre se habia quejado de que no hubiera aquel año para sus dias una novedad musical, lo que jamás faltaba para los de su hijo ó de su hija; y el rey de Nápoles, encontrando justa la queja, habia mandado que se representara la 6pera del franc6s para honrar el aniversario materno: era una especie de v6ctima humana sacrificada al amor filial.

No hay necesidad, pues, de preguntar en que estado encontraría á mi pobre compatriota. Se consideraba como un hombre desauiciado por el m6dico, á quien no le quedasen mas que siete ú ocho dias de vida. El hecho es que examinando su posicion, solo un home6pata podia prometerle su salvacion. Intenté sin embargo, darle esos consuelos que no consuelan. Pero á todos mis argumentos, respondia con una sola palabra: ¡*Gran gala!* amigo mio, ¡*gran gala!* Le cogí la mano, tenia fiebre; me volví hácia el director de orquesta, que fumaba en una pipa, y le dije dando un suspiro: hay principio de delirio.

— No, no, dijo Festa sacando gravemente de su boca el

tubo de ámbar: pardiez, tiene razon, ¡gran gala! ¡gran gala! apreciable caballero, ¡gran gala!

Me dirigí entonces á Dupr6z, estaba en un rincon haciendo bolitas con la cera de una bugia, y le miré como para decirle: ¿están todos locos aqui? Comprendió mi expresion mímica con una prontitud que hubiera hecho honor á un napolitano.

— No, me dijo aplicándose la bolita de cera á la nariz, no, no están locos. ¿No sabeis lo que es gran gala?

Salí muy humilde. Cogí un diccionario, busqué la letra G: nada encontré.

— ¿Tendreis la bondad, dije volviendo á entrar, de explicarme lo que quiere decir: gran gala?

— Quiere decir, respondió Dupr6z, que habrá hoy en el teatro mil doscientas bugias que os deslumbrarán y cuyos gases atacarán á la garganta de los cantantes.

— Quiere decir, continuó el director de orquesta, que hay que tocar la sinfonia á telon corrido, porque la córte no puede aguardar; lo cual es infinitamente desfavorable al coro de introduccion.

— Quiere decir, terminó Ruoltz, que toda la córte asiste á la representacion, y que el público no puede aplaudir mas que cuando la corte aplaude, y la córte no aplaude nunca.

— ¡Diantre, diantre! dije yo, no teniendo otra cosa que observar á aquella triple explicacion. Y añadid á eso, dije para darme el aire de no cortarme, que no teneis ya, segun creo, mas que siete dias de término.

— Y que la orquesta todavia no ha ensayado la sinfonia, dijo Ruoltz.

— ¡Oh! la orquesta, eso no me inquieta, respondió Festa.

— Que los cantantes no han ensayado juntos todavia, añadió el autor.

— ¡Oh! los cantantes, dijo Duprez, se arreglarán perfectamente.

— Y jamás tendré ni fortaleza ni paciencia para hacer el último ensayo.

— ¡Qué! ¿no estoy yo aquí? dijo Donizetti levantándose. Ruoltz se acercó á él y le tendió la mano.

— Si, teneis razon, he encontrado buenos amigos.

— Y lo que importa mas todavía para el triunfo, vos habeis compuesto una música divina.

— ¿Lo creéis? dijo Ruoltz con ese acento sencillo y modesto que le es propio. Nos echamos á reir.

— ¡Vamos á ensayar! dijo Duprez.

En efecto, todo pasó como lo habian previsto Festa, Duprez y Donizetti. La orquesta tocó la sinfonia al primer repaso; los cantantes, acostumbrados á cantar juntos, no tuvieron mas que entonar para arreglarse, y Ruoltz, muerto de ansiedad, dejó el cuidado de sus tres últimos ensayos al autor de *Anna Bolena*.

Sali del teatro fuertemente impresionado. Yo creí que iba á asistir al ensayo de un estudiante, y acababa de oír la partitura de un maestro. Se forma uno á su pesar cierta idea de las obras por los hombres que las crean, y desgraciadamente casi siempre se forma de las obras y de los hombres la opinion que ellos mismos tienen. Ruoltz era el jóven mas sencillo y mas modesto que he visto. En tres meses que hacia le trataba, nunca le oí hablar mal de los demas, y lo que es mas admirable todavía en un hombre que va á dar á luz su primera obra, ni se alababa á sí mismo. He encontrado en general mas amor propio en los jóvenes que todavía no han hecho nada, que en los que han arribado (*arrivés*), y permitase esta opinion, creo que nada hay como el triunfo para curar el orgullo. Aguardé, pues, con mas confianza, el dia de la primera representacion. Llegó por fin.

Es un espectáculo espléndido el teatro de San Carlos, en

un dia de gran gala. Aquella inmensa y sombría sala, triste para un ojo francés en las representaciones ordinarias, toma en las ocasiones solemnes un aspecto de vida que la comunican la multitud de bugias que lucen en cada palco. Entonces las señoras están visibles, lo que no sucede los dias en que la sala está mal iluminada. Ciertamente no es aquello ni el adorno de la ópera ni el teatro francés; es una profusion de diamantes de que no se tiene idea en Francia; son ojos italianos que brillan como los diamantes, es toda la corte con sus trages de ceremonia, es el pueblo mas alborotador del universo; reunido, si no en la mas bonita, al menos en la sala mas grande del mundo.

Aquella noche, contra la costumbre de las primeras representaciones, la sala estaba llena. El pueblo italiano, enteramente distinto del nuestro, jamás arrostra una música desconocida. No; en Nápoles especialmente, donde la vida es toda de felicidad, de placer, de sensacion, se tiene mucho temor á que el fastidio estropee algunas horas. Necesitan aquellos habitantes del pais mas hermoso de la tierra una vida como su cielo, con un sol abrasador, como su mar con olas que reflejan aquel sol. Cuando está cerciorado de que la obra es de un mérito sobresaliente, cuando el cartel anuncia piezas que se deben oír, de esas durante las que se puede uno mover, ¡oh! entonces se apresuran, se agolpan; pero esta aceptacion no empieza hasta la sesta ú octava representacion. En Francia, se va al teatro por presentarse; en Nápoles, se va á la ópera por gozar.

En cuanto á la pandilla pagada para palmear, nada tenemos que decir: es una lepra que todavía no ha inficionado los verdaderos triunfos, es un gusano que todavía no ha picado los frutos saños. El autor no tiene mas billetes que los que compra, ni mas palcos que los que alquila. Autores y actores son aplaudidos cuando las butacas creen que

merece serlo, esceptuándose los días de gran gala, en los que, como hemos dicho, está subordinada la opinion del público á la opinion de la córte; cuando no asiste el rey, á la de la reina; en ausencia de la reina á la de don Carlos, y así sucesivamente hasta el príncipe de Salerno.

A las siete en punto, aparecieron los ugieres en los palcos destinados á la familia real. En el mismo instante levantaron el telon, y se oyeron los preludios de la sinfonía.

Por mas buena que fuese la sinfonía, dejó de oirse. Yo el primero, y á pesar del interés que me inspiraba la representacion y el autor, estaba mas ocupado de la córte que no concia, que de la ópera que comenzaba. Los ayudantes de campo se situaron en el palco del proscenio; la jóven reina, la reina madre y el príncipe de Salerno ocuparon el palco siguiente; el rey y el príncipe Carlos ocupaban el tercero, y el conde de Siracusa, relegado al cuarto, conservó en el teatro el sitio aislado que su desgracia le asignaba en la córte.

La sinfonía, aunque fué muy poco escuchada, dispuso al parecer bien al público. La sinfonía de una ópera es como el prefacio de una obra; el autor explica en ella sus intenciones, indica sus personajes y deja conocer su imaginacion. Notábase en la de *Lara* una instrumentacion vigorosa y sostenida, mas alemana que italiana, con nuevos y armoniosos motivos que se esperaba encontrar en el curso de la partitura, en fin, un convencimiento profundo en materia de orquesta.

Desde el principio distinguí la diferencia que existe entre la orquesta de San Carlos y la de la ópera de Paris, las dos que pasan por primeras en el mundo. La orquesta de San Carlos se limita siempre á acompañar al combate, y deja, por decirlo así, flotar la voz sobre el instrumento como un corcho sobre el agua: la sostiene, se eleva y desciende con ella, pero jamás la cubre. En Francia por

el contrario, hasta los insignificantes hierrecillos pretenden recoger su parte de aplausos, y entonces la voz del artista nada entre dos aguas. De modo, que á no tener en el timbre un vigor poco comun, es muy difícil que sobrenaden las notas de canto en aquel diluvio de armonía que las ahoga; y como los pescados volátiles, que no pueden mantenerse fuera del agua sino cuando sus alas se conservan mojadas, apenas desciende la voz á la escala natural, no se oye ya mas que la instrumentacion.

Un lindisimo duo cantado por Ronconi y la Persiani, pasó sin ser notado. De vez en cuando llevaba algun general sus gemelos á los ojos, examinaba con gran cuidado, luego llamaba á un ayudante de campo, y designaba tal ó cual individuo de las butacas ó de los palcos. El ayudante de campo salia al momento, volvía á aparecer un minuto despues con la persona designada, le decia dos palabras, y entonces este salia y no volvía á presentarse. Pregunté lo que aquello significaba; me respondieron que eran oficiales á quienes se enviaba arrestados por haberse ido en traje de paisano al teatro. Por lo demas, parecia la córte tan ocupada de la aplicacion de la disciplina militar, que todavía no habia pensado en hacer ni á los músicos ni á los cantantes una demostracion que indicase su presencia; sin embargo, la sinfonía y las tres cuartas partes del primer acto habian pasado sin un aplauso. Ruoltz creyó su ópera perdida y se salvó.

Comenzó el segundo acto: las bellezas iban en aumento; olas de armonía inundaban la sala: el público contenía la respiracion. Maravilloso era ver aquel poder del genio que ejerce su imperio sobre tres mil personas que forcejean y se ahogan bajo su mágica y misteriosa voluntad; la atmósfera habia cesado casi de ser respirable para todos los individuos allí reunidos, en derredor de los que flotaban vapores sinfónicos cálidos como esos soplos de viento que preceden á la tormenta; á intervalos la hermo-

sa voz de Dupr ez iluminaba una escena como un pasagero relámpago. Llegó por fin la parte mas notable de la ópera; una cavatina cantada por Lara en el momento en que perseguido por el tribunal, abandonado de sus amigos, los llama record ndolos su adhesion, y maldice su ingratitud. Conocia el cantante que en aquello estaba su pérdida   su salvacion; asi que no creo que la voz humana haya espresado jamás con mas verdad el abatimiento, el dolor y el desprecio; todas las respiraciones estaban suspensas, todas las manos dispuestas   aplaudir, todos los oidos p ndientes de la escena, todos los ojos fijos en el rey. Volvióse el rey hácia los cantantes, y en el momento en que Dupr ez lanzaba su última nota, desgarradora como el último suspiro, S. M. aproxim  sus dos manos. La sala arrojó un solo tremendo grito: era la contenida respiracion que recobraba su curso en tres mil personas.

El primer torrente de aplausos fué como el de costumbre, recibido por el cantante, que se inclinó; pero al punto tres mil voces pidieron el autor con una unanimidad eléctrica; ya no habia alli rivalidad nacional, no se trataba de saber si el compositor era francés   napolitano; era un gran m sico y no se pensaba en mas. Querian verle, abrumarle con aplausos como él habia abrumado al público con emociones, querian devolverle lo que habian recibido.

Dupr ez buscó al autor por todas partes, y volvió á decir al público que habia desaparecido. El público comprendió la causa de aquella huida, y los aplausos redoblaron. Pasado un cuarto de hora volvió á continuar la  pera.

El último trozo era un rondó cantado por la Taquinardi; por su espresion tenia algo de desgarrador. La querida de Lara, despues de intentar perderle por una falsa delacion, se arrastra envenenada y moribunda   los piés de su amante pidiéndole perdon. La Malibran   la Grisi en situacion semejante, se hubieran cuidado poco de la

voz, pero si mucho del sentimiento; la Taquinardi alcanzaba un triunfo por el medio contrario; produjo sonidos tan puros, variaciones tan floreadas, ejecutaba tan difciles escalas, que por segunda vez aplaudió el rey, y la sala siguió su ejemplo. Esta vez el autor habia vuelto: le encontraron no s  en qué sitio, en los brazos de Donizzeti, que le auxiliaba en sus últimos momentos. Dupr ez le cogió por una mano, la Taquinardi de la otra, arrastraron mas bien que le condujeron, al palco escénico.

En cuanto á mi, que como compatriota y como camarada, por espíritu nacional y por amistad, habia sentido en aquella noche pasar por mi corazon todas las emociones, y que habia deseado aquel triunfo con toda mi alma, le vi alcanzado con una compasion profunda hácia quien era el objeto de él; porque yo conocia aquel momento supremo y aquella hora en que somos conducidos por Satanás   la cima de la mont a mas alta, desde donde se ve á nuestros pies todos los reinos de la tierra; porque yo sabia que desde allí ya no se hace mas que bajar. Rico y feliz hasta entonces, acababa de repente un hombre de cambiar su existencia tranquila en una vida de emociones, su bienhechora oscuridad por el devorador resplandor del triunfo. Ningun cambio fisico se habia obrado en él, y sin embargo, aquel hombre no era el mismo: habia cesado de pertenecerse; por aplausos y coronas se habia vendido al público; al presente era ya el esclavo de un capricho, de una moda, de una cábala; iba á ver su nombre arrancado de su persona como un fruto de su tallo. Las mil voces de la publicidad iban á hacerle trozos y esparcirle por el mundo; y ahora, aunque hubiese querido recogerle, ocultarle, estinguirle en la vida privada, ya no estaba en su poder, por mas que le hubiesen de destrozarse las emociones   los treinta y cuatro años,   ahogarle los disgustos   los sesenta: aunque, como Bellini, hubiese de sucumbir antes de haber llegado á

todo su esplendor, ó como Gros, desaparecer despues de haber sobrevivido al suyo.

1842.

No me habia engañado en mi prevision : el vizconde Ruoltz, despues de haber obtenido un éxito brillante en el teatro de la Opera de Paris como le alcanzó en el de Nápoles, ha abandonado completamente la carrera de la música, y tan buen químico como habia sido gran compositor, acaba de hacer un escelente descubrimiento de que el mundo científico se ocupa en este momento, el cual consiste en dorar el hierro por la aplicacion de la pila de Volta. Es el autor de la plata Ruoltz.

VIII

EL LAZZARONI.

Hemos dicho que hay en Nápoles tres calles por donde se pasa y quinientas por donde no se pasa; hemos procurado, mejor ó peor, describir la de Chiaja, la de Toledo y la de Forcella : procuremos dar una idea de las calles por donde no se pasa; cosa que está muy pronto terminada.

Nápoles está edificada en anfiteatro : resulta de aqui que á escepcion de los muelles que costean el mar, como Marinella, Santa Lucía y Mergellina, todas las calles forman rápidos descensos y subidas, en que únicamente el corricolo con su fantástico tiro, puede mantenerse en ellas sin volcar.

Añadamos á eso que como tan solo los que habitan en semejantes calles pueden tener que hacer en ellas, un